

Economía solidaria en manos de mujeres: experiencias del mundo de trabajo en Santa Rosa- La Pampa.

Lía Mabel Norverto.

Cita:

Lía Mabel Norverto (2016). *Economía solidaria en manos de mujeres: experiencias del mundo de trabajo en Santa Rosa- La Pampa. II Congreso de la Asociación Argentina de Sociología. Asociación Argentina de Sociología, Villa María.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-046/105>

Economía solidaria en manos de mujeres: experiencias del mundo de trabajo en Santa Rosa- La Pampa. Lía Mabel Norverto (Instituto Interdisciplinario de Estudios de la Mujer- FCH- UNLPam)

El presente trabajo responde a una línea de investigación y extensión en curso, que desarrollamos junto a trabajadores/as que diseñan experiencias asociativas en Santa Rosa, La Pampa. El proyecto tiene el propósito de contribuir con el análisis de casos empíricos, a la reflexión teórica del proceso de heterogeneización del mundo de trabajo contemporáneo. Dentro de aquellas formas denominadas “economía solidaria o economía social de segunda generación”, nos focalizamos en microcréditos productivos y cooperativas de trabajo, conformadas por mujeres; lo cual permite visualizar las desigualdades del mundo del trabajo desde las relaciones de género.

La metodología de estudio e intervención recurre a técnicas propias de la IAP, Investigación Acción Participativa. Estas nuevas modalidades del mundo del trabajo – diversas, emergentes, en construcción – cuestionan la tradicional articulación capital - trabajo, ensayan nuevas formas de organización laboral, y contribuyen a delinear otras formas de construcción social y política, organizadas por el principio de la reproducción ampliada de la vida de todos/as los/as ciudadanos/as trabajadores/as, superador de las formas subordinadas y mercantilizadas del trabajo.

Nuestra concepción acuerda con la fundamentación del Congreso, que invita a la reflexión sociológica desde un concepto de desarrollo más amplio e integral, ligado a lo humano, que priorice la necesidad de repensar las consecuencias de los modelos dominantes de producción y de consumo.

Desde un concepto de trabajo entendido como la gestión de la propia vida, que supera ampliamente la esfera de la subsistencia, analizamos transformaciones en las identidades laborales, atravesadas por las relaciones de género, y desde una perspectiva de género; con el objeto de contribuir a un análisis que ilumine aspectos que pasan desapercibidos en muchos estudios del mundo del trabajo.

En este marco, la combinación de la vida doméstica –trabajo sin remuneración - y el trabajo remunerado de las mujeres en la realidad actual dentro de las experiencias de la economía social, así como sus luchas contra las marcas genéricas, son ejes que invitan a reflexionar al analizar el trabajo, la clase trabajadora y la economía de las trabajadoras.

Palabras clave: mujeres-trabajo asociativo-cuidado-género-desigualdades

“Es posible que sus oficios artesanales y sus tradiciones estuviesen muriendo. Es posible que su hostilidad hacia el nuevo industrialismo fuese retrógrada. Es posible que sus ideales comunitarios fuesen fantasías. Es posible que sus conspiraciones insurreccionales fuesen temerarias. Pero ellos vivieron en aquellos tiempos de agudos trastornos sociales y nosotros no. Sus aspiraciones eran

válidas en términos de su propia experiencia; y si fueron víctimas de la historia, al condenarse sus propias vidas siguen siéndolo”. (Thompson, 1963)

1. El trabajo en los inicios de siglo

En primer lugar se presenta el recorrido seleccionado entre los estudios del trabajo, algunos aportes conceptuales de la llamada “economía solidaria” y los estudios de género para enmarcar el problema en cuestión.

Las problemáticas de desocupación, subocupación y precariedad laboral, son consideradas una de las principales dificultades que tuvo que afrontar nuestro país, a fines del siglo XX y principios del XXI. Entendemos al trabajo en sentido amplio, como un espacio vital para ejercer la ciudadanía, en su faz dialéctica como derecho y constructor de derechos. Son muchas las reflexiones frente al trabajo y su impacto en tanto organizador de la vida de los/as trabajadores/as: además de la subsistencia económica, modela identidades, reconocimiento, satisfacción personal, redes de vinculación y pertenencia a una comunidad.

Hacia mediados de los setenta comienza un proceso de deterioro de la situación social en Argentina que se extendió durante los siguientes treinta años y produjo el aumento de la desigualdad distributiva y de la pobreza absoluta (Beccaria y Groisman, 2009) Las políticas de tinte neoliberal de la última década del siglo XX profundizaron esta situación, acompañadas del achicamiento del Estado, y su impacto en la estructura ocupacional; que recién vislumbra una recomposición en el primer trienio del siglo XXI, a mediados del 2002. Sin embargo, esta recomposición merece un análisis detenido. La transformación económica ha sido estructural y profunda, y su impacto en el mercado de trabajo ha creado conjuntos de población definidos como “inempleables”, “carecientes”, “excluidos”, ya que su único recurso - su capacidad de trabajo- tiene escasa demanda, lo cual disminuye su probabilidad de reproducirlo con los requerimientos que se le exigen (Grassi y Dananni, 2009) A fines de los 90 las curvas de participación femenina ya no caía en edades de fecundidad y crianza, sino que tendió a mantenerse. Pero esas mujeres que peleaban por un empleo, eran en su mayoría, fuerza de trabajo sin calificación absorbida por el sector servicios en tareas de muy baja productividad y remuneración (Barrancos, 2007)

Estudios sobre el comportamiento del mercado de trabajo en la última década de Groisman (2010,2011) y Beccaria y Groisman (2008) señalan un comportamiento diferencial de la recuperación económica, atendiendo al grado de concentración de ingresos y a la escasa redistribución del PBI. La recuperación económica luego de la gran crisis de 2001, se extendió con marcada intensidad hasta el 2007, y fue acompañada por similar desempeño del mercado de trabajo. Crecieron el empleo y el poder de compra, se incrementó la proporción de trabajadores/as

registrados/as y disminuyó la subutilización global de fuerza de trabajo, lo cual se reflejó en los índices de reducción de la pobreza absoluta. Sin embargo, la expansión económica no alteró la concentración de los ingresos y mantuvo la debilidad de la demanda de empleo. Estas permanencias, frente al incremento de la oferta laboral, tendieron a favorecer a los trabajadores/as con mayor nivel educativo, lo cual conlleva también un efecto desigualador. (Groisman, 2011)

La acuciante necesidad de trabajo en los años siguientes a la crisis del 2001, ha hecho emerger variadas expresiones económicas, en las que pareció prevalecer el fin social sobre el lucro individual: movimientos de desocupados/as, emprendimientos vecinales asociativos, fábricas recuperadas en manos obreras, cooperativas de trabajo, microempresas familiares, microemprendimientos grupales, microcréditos productivos, distintas modalidades de “autoempleo”, entre otras. Estrategias e iniciativas de actores diversos y heterogéneos, que hicieron suponer a muchos la emergencia de una “economía social o popular” en oposición a la dominante economía de mercado; que tracciona con visiones que las caracterizaron como formas capitalistas de resolución de subsistencia o “economías de la pobreza” (Salvia, 2004)

Estas iniciativas – a pesar de sus tensiones - en sus comienzos avizoraron en las ciencias sociales, la posibilidad de una nueva concepción de trabajo y la gestación de nuevas identidades sociales y políticas.

Graciela Di Marco y Héctor Palomino (2004) entienden a la crisis del 2001 como una crisis novedosa, que al combinar dimensiones políticas, institucionales, económicas y sociales, puso en cuestión el proyecto de “modernización” económica y social sostenido por las corrientes de pensamiento neoliberal. Más de la mitad de la población bajo la línea de pobreza y más del 20 % de la población económicamente activa desocupada, dio cuenta de la carencia de resolución del “normal” funcionamiento del mercado. Sostienen que los nuevos movimientos sociales extraen parte importante de su legitimidad de los fracasos del mercado y del Estado, proponiendo originalidad en las soluciones a los problemas de la pobreza y el desempleo, por fuera de los canales institucionalizados y conocidos. De esta manera encuentran en el trabajo una forma de construcción social y política, una manera de hacer política y por ende de construir lo social.

“Estos esfuerzos vinculados a las formas cambiantes del trabajo que, en el seno de los emprendimientos encarados por los movimientos de trabajadores de empresas recuperadas, organizaciones de desocupados y asambleas barriales, se inscriben casi naturalmente en lo que en Argentina tiende a denominarse actualmente “economía social”: un espacio público donde el trabajo no se intercambia sólo ni principalmente por remuneraciones monetarias (...) las formas de trabajo impulsadas actualmente por los movimientos adquieren una

dimensión política. En estas nuevas formas “el trabajo es política” (Di Marco y Palomino, 2004: 16)

Otras miradas (Salvia, 2004) las conciben como medios de subsistencia antes que herramientas de acción colectiva. Y nos invitan a preguntarnos si en vez de economías sociales en lucha por el poder, se comportan como economías de la pobreza; o si antes que un nuevo sujeto histórico en búsqueda de un programa propio, son actores privados de identidad víctimas de un sistema social perverso. Entendidas como economías que surgen de la pobreza, lo significativo y emergente de estas respuestas es su caudal simbólico, y el asombroso potencial disponible en los grupos marginados para atender su propia reproducción en contra de la sociedad estructurada y formal. Estas tensiones son las que problematizan y fundamentan la importancia de su estudio: nadar entre formas de generación de subsistencia, construcción de alternativas individuales o colectivas, ensayos asociativos, resistencias y empoderamiento. Desde nuestra óptica, estas tensiones se entrecruzan en forma permanente. Dilucidar estas tracciones y remolinos en las experiencias de vida de mujeres trabajadoras es un desafío.

Entendemos en su faz creativa al diseño de estrategias de generación de ingresos en forma asociativa, comunitaria y/o autogestiva en el período post-crisis, y como muestra de resistencias de la agencia humana a las estructuras que la condicionan. Sentimiento y pensamiento mueven la creación humana, intelecto y emoción confluyen en un acto creador, y de esta manera podemos comprender la gestación y el diseño de alternativas de generación de ingresos, que superen su cara material – desde la que estamos habituados a mirar en la sociología del trabajo - para inmiscuirnos en el entramado simbólico que co - construye dicha materialidad. (Norverto, 2014)

Coraggio (2007) profundiza la idea de estas prácticas económicas de acción transformadora, que surgen desde los usos mismos de los/as trabajadores/as y son transicionales desde una economía social hacia la “economía del trabajo”:

“ por nuestra parte entendemos como Economía Social no tanto una realidad existente que se reproduce sobre sus propias bases o en articulación estructural relativamente autónoma con el resto del sistema económico, sino una propuesta transicional de prácticas económicas de acción transformadora, conscientes de la sociedad que quieren generar desde el interior de la economía mixta actualmente existente, en dirección a otra economía, otro sistema socioeconómico, organizado por el principio de la reproducción ampliada de la vida de todos los ciudadanos-trabajadores, en contraposición con el principio de la acumulación de capital” (Coraggio, 2007: 37-8)

Presentado el recorrido seleccionado entre estudios del trabajo y algunos aportes conceptuales de la llamada “economía social y solidaria”, pasaremos a pensarlos en clave de género, y a recuperar los significativos aportes de la historia de las mujeres en el rescate de experiencias laborales femeninas.

2. *La historia de las mujeres trabajadoras: tensiones persistentes en el tiempo*

En el marco de las profundas transformaciones socio-económicas y los procesos de reestructuración global de las últimas décadas, las discusiones propuestas por las feministas en las décadas del '60 y del '70 – pertenecientes a lo que se denominó segunda ola - vuelven a tomar vigencia en torno a las condiciones de producción/reproducción y las vinculaciones entre trabajo extra-doméstico y emancipación de las mujeres.

Pensadoras, académicas, políticas, militantes, han confluído desde el último cuarto del siglo XX, en el ambicioso propósito de modificar modos de hacer y construir conocimientos. Su empeño no apunta a sumar a las mujeres, sino a incorporar sus puntos de vista en la comprensión de los procesos sociales; enriquecer marcos conceptuales y metodológicos para sumar las variedades de experiencias de hombres y mujeres. La economía, una de las áreas que se ocupa de estudiar el trabajo, ha sido más resistente que otras disciplinas de las ciencias sociales a esta revisión epistemológica (Todaro y Rodríguez 2001, Carrasco 2006, Durán 2006)

Al excluir del análisis las actividades no mercantiles, han dejado por fuera del campo económico el trabajo doméstico, su articulación con la economía y sus aportes al funcionamiento del sistema social. El desafío de cuantificar la provisión de cuidados realizada en los hogares, de incluirla en los cálculos económicos, de conceptualizarla como “trabajo” fundamental para la sostenibilidad de la vida humana, es una lucha que batalla en los terrenos científicos, laborales, gubernamentales y en la materialidad concreta de los cuerpos de las mujeres, en el transcurrir de sus vidas cotidianas.

La historia como campo de conocimiento también lleva décadas de luchas epistemológicas y fue una de las áreas de las ciencias sociales prolíficas en los estudios de género. De la mano de la “historia de las mujeres”, comienzan a reconstruir sus experiencias para arrojar luz sobre estructuras y procesos sociales que no habían visibilizado el accionar de las mujeres. Mary Nash (1984) analiza sus ausencias y presencias y revela que a pesar de su marginación en los estudios históricos, no han estado excluidas del proceso histórico. La tarea asumida fue reconstruir los espacios, áreas de acción y actividades realizadas por mujeres; labor que desde sus inicios combina la búsqueda de conocimiento con la lucha por develar desigualdades.

Las historiadoras que emprenden esta labor en el último tercio del siglo XX, lo hacen desde el rescate de las mujeres en sus inserciones en la dinámica de transformaciones sociales, económicas, políticas y culturales. Scott y Tilly (1984) relatan la participación de las mujeres de clases populares europeas en trabajos extra-domésticos en la primera etapa de la industrialización. En el siglo XVIII

“solía aceptarse que las mujeres tuvieran una importante función que cumplir en la economía doméstica. La mayoría trabajaba para contribuir con una aportación complementaria” (Forrest 1973 en Scott y Tilly 1984) La cultura popular que valoraba el trabajo de la mujer subsistió hasta avanzado el siglo XIX, y la importancia del trabajo de la madre era muy significativo para la economía familiar, ya que podía llegar a ser el límite entre la pobreza y la miseria.

Si bien su ámbito de “poder” se encontraba en el hogar familiar, era frecuente que las mujeres casadas tuviesen a su cargo el control del dinero y las decisiones en asuntos financieros, incluso recibían los sueldos de los maridos en las fábricas inglesas (Le Play, en Scott y Tilly 1984) Este control del dinero no era posible para las mujeres solteras, quienes debían enviar su salario a sus hogares familiares. Ambas son evidencias del valor de la familia como unidad productiva y de la prevalencia de los valores colectivos – familiares por sobre los individuales. Con el advenimiento de las fábricas, fue más difícil para las madres “abandonar las responsabilidades de la casa” para ganarse un sueldo por fuera de su hogar. La fuerza de trabajo femenina se concentraba en mujeres solteras, luego respondía a necesidades económicas para equilibrar el presupuesto familiar (hasta que el mayor de los hijos podía trabajar), o se empleaban en la misma fábrica que los hijos, para estar cerca de ellos.

Las mujeres del siglo XIX nadaban en aguas divididas: visiones que consideraban que “la mujer que trabajaba fuera de la casa dejaba de ser mujer”, representando una amenaza para la familia patriarcal y el hogar, quienes sostenían que las máquinas facilitaban el trabajo y por ello podían trabajar con sus hijos, supervisadas por padres y maridos; y los planteos feministas que defendían el deseo y capacidad de trabajar donde quisieran, el mismo tiempo que los hombres, y por iguales salarios. También comenzó a verse la fábrica como lugar de sociabilidad, como espacio de relación con pares, apertura de horizontes de superación fuera de la casa y las labores domésticas, y promoción de la independencia femenina al gozar de un salario individual (Mc Dougall, 1984)

Sin embargo, esta búsqueda de independencia femenina que posibilitaba la obtención de un salario, no la eximía de las responsabilidades de trabajo doméstico y familiar.

El descanso femenino consistía sólo en la interrupción de una forma de trabajo para pasar a otras relacionadas con el hogar o el cuidado de los hijos. Sin duda, la industrialización no modificó ciertos aspectos del trabajo de la mujer. La labor de la fábrica también era monótona y repetitiva; en ella solían encargarse de trabajos preparatorios y auxiliares, cumplían jornadas largas y también las esperaba el trabajo doméstico (Mc Dougall, 1984:96)

Sobre fines del siglo XIX avanza la legislación que regulaba el trabajo femenino, que generó también disidencias frente a la privación de lugares peligrosos, horarios y jornadas más extensas. Pese a la mejora en algunas condiciones de trabajo, las mujeres recibían menos paga que los hombres: no

habían pasado por un aprendizaje sistemático, no dominaban en su mayoría un oficio, los sindicatos restringían el número de mujeres en puestos de trabajo semicalificados, y hacían trabajos de auxiliares. Se fundamentaba que “las mujeres necesitaban menos porque no tenían tantas necesidades ni responsabilidades como los hombres”. Según Mc Dougall, se ignoraba la cantidad de mujeres a solteras, viudas, abandonadas o con sus maridos enfermos, cargo de sus hogares. La verdadera razón era la falta de organización y de calificación. ¿Los motivos? No había tradición de asociacionismo, ni de solidaridad fuera de la casa, no podían reunirse en bares – puntos de encuentro de los primeros sindicatos – esposas y madres tenían poco tiempo para reuniones y cuotas, además de sufrir la hostilidad de trabajadores varones para incorporarlas en los sindicatos. Audacia y valentía eran cualidades que debían tener para superar los condicionantes de género, el aislamiento y formar grupos.

Estas tensiones permanecieron en el tiempo. La incorporación al mercado de trabajo era una etapa transitoria que se extendía hasta el momento del casamiento; dentro del matrimonio lo primordial era el trabajo doméstico o el cuidado de los hijos, se “justificaba” participar del mercado laboral cuando no tenían hijos, ya habían crecido, u obligadas por una situación familiar crítica, bajo salario o desempleo de los maridos. Las madres trabajadoras fueron objeto de presión social y familiar por considerarse que “descuidaban” su papel social de esposa-madre (Lázaro Castellanos, Zapata Martelo y Martínez Corona, 2007) Y por ello para las mujeres – con mayor énfasis en sectores populares – continuó con mucha vigencia la asociación del trabajo como “ayuda” o cooperación al presupuesto familiar. No como actividad deseada o elegida, sino como una necesidad y responsabilidad para con su familia.

El siglo XX fue escenario de luchas feministas, transformaciones políticas, sociales, económicas y la aparición de movimientos en pro de los derechos de las mujeres y de su emancipación. Su incorporación en el mercado de trabajo aumentó y también los debates en torno a las experiencias de las mujeres en sus luchas por reclamos ciudadanos o por su emancipación.

Una de las formas de participación y ocupación femenina – que continúa siendo eje de discusiones entre grupos feministas – son tareas de auxilio comunitario, ayuda voluntaria para paliar carencias en barrios populares, y en movimientos de la sociedad civil. Según Barrancos (2007) en los años '70 se constataba la presencia femenina en centros asistenciales de salud, comedores populares, construcción de viviendas; pero la hiperinflación de los '80 y la desocupación de los '90 incrementó las tareas de participación comunitaria femenina. Los gobiernos recurrieron al financiamiento de organismos crediticios multilaterales para sostener intervenciones sociales cuyos agentes eran las propias poblaciones, protagonizadas por mujeres. Miles de mujeres se emprendieron en la gerencia de emprendimientos para mejorar a sus familias y sus comunidades, y restaron tiempo de descanso

para sostener programas asistenciales, lo que se denominó “tercera jornada de trabajo”. Este protagonismo – sostenido a través del esfuerzo y la sobrecarga de actividades y responsabilidades – fue cuestionado por grupos militantes feministas y académicos. Pero significó un proceso de aprendizaje de negociación de recursos, litigios con organismos gubernamentales, desarrollo de proyectos, gestión de demandas y hacerse escuchar, que las habilitó para la esfera pública. Y allí su caudal transformador y simbólico.

3. *Participación comunitaria, trabajo asociativo y procesos de autonomía*

Una de las estrategias para aumentar el poder de las mujeres ha sido la organización comunitaria. Se han transformado en protagonistas de espacios de participación popular que buscan mejorar las condiciones de vida. De esta manera “se politizan en el accionar” desde su participación comunitaria, o desde su participación en la defensa de sus fuentes de trabajo (Fernández Alvarez y Partenio 2013, Dicapua, Mascheroni y Perbellini 2013, Norverto 2011)

Es necesario señalar que no toda participación femenina en espacios comunitarios conduce a un empoderamiento de las mujeres. Requiere indagar en las modalidades de dicha participación, para que no se reproduzcan los condicionantes de género que signifiquen nuevas exigencias de “cuidado” hacia la comunidad, y reiteren los roles estereotipados de género. También los interrogantes surgen en relación a la promoción de estos espacios como forma de desvinculación del Estado de sus responsabilidades básicas hacia los ciudadanos. Los matices de la participación serán distintos según el lugar ideológico, político y social desde la cual se aborde y promueva (Pena y Pereyra, 2013)

Desde esta perspectiva, el empoderamiento es un elemento central para eliminar las desigualdades, ya que posibilita el proceso de ganar control sobre las propias vidas, no sólo de recursos materiales y financieros, sino sobre el propio ser, valores, actitudes, creencias. (Pereyra, 2013: 33)

El aumento de participación de las mujeres ante situaciones de crisis económico-sociales también es analizada por Fernández Alvarez y Partenio (2013) Sostienen que el debate en torno a la acción colectiva y los movimientos sociales se vio revitalizado en el escenario nacional producto de la multiplicación de conflictividad en el período que va desde la mitad de la década del 90 hasta la crisis de 2001. Movimientos de trabajadores/as desocupados/as fueron los que resistieron al desempleo, la desigualdad y la pobreza, reclamaron planes sociales para paliar la crisis, pero sostuvieron la demanda de “trabajo digno. Las mujeres fueron partícipes de las actividades cotidianas, y empezaron a reunirse en torno a temáticas de interés que fueron constituyendo “espacios de mujeres”.

Cross y Partenio (2005) describen que al interior de algunos movimientos piqueteros las mujeres comenzaron a reunirse para discutir problemáticas que se les plantearon al momento de participar en instancias de dirección política. Estos primeros encuentros dieron lugar a *espacios específicos de*

mujeres en los cuales se juntaban para tratar cuestiones que no eran abordadas en los movimientos, pero que las preocupaban, eran comunes a muchas de ellas y a muchas otras mujeres del barrio. Sin ser parte de sus objetivos explícitos, fueron delineando una *agenda de género* que dio nuevo impulso estos *espacios de mujeres*, donde las temáticas de salud sexual y reproductiva, violencia de género y aborto cobraron relevancia. Estos espacios abrían una posibilidad de encuentro entre aquellas que comenzaban a compartir y visualizar sus problemas en tanto mujeres, pobres y desocupadas.

En muchos de los casos – quizá la mayoría – se sintieron conmovidas por necesidades económicas, laborales y de subsistencia familiar; pero esa movilización les permitió vivenciar y protagonizar nuevas formas de participación socio-comunitaria y experimentar un sinnúmero de nuevos aprendizajes.

4. El “cuarto propio” de los espacios de mujeres

A partir de un relevamiento de experiencias en la recuperación de empresas en CABA y provincia de Bs As, Fernández Alvarez y Partenio (2013) sostienen que las mujeres a diferencia de los varones, llevaban sus hijos/as a las “guardias” en las primeras etapas de la recuperación para defender el puesto de trabajo. Cuando la situación legal se estabilizaba, para las trabajadoras el tema de cuidado de sus hijos/as continuaba sin resolución: debían asistir al trabajo con sus hijos/as y realizaban sus tareas mientras ellos jugaban o dormían. En varios casos, esto fue motivo de conflicto y negociaciones con sus parejas, y las colocaba en situaciones de tensión. Por un lado, la sobrecarga de tareas domésticas luego de la “jornada laboral” se sumaba a los cuestionamientos del entorno por descuidar las “responsabilidades” de cuidado. Pero al mismo tiempo, el proceso de lucha y defensa de la fuente de trabajo, junto al ensayo de estrategias colectivizadas ante la crisis, permitió adquirir herramientas de autonomía y valorización personal. Y renegociar en el ámbito doméstico e íntimo situaciones de mayor igualdad y democratización. (Fernandez Alvarez y Partenio, 2013)

En los casos locales analizados, los testimonios también dan cuenta de este doble impacto: al indagar en las diferencias que encuentran las integrantes de una cooperativa entre el trabajo autogestionado y sus anteriores experiencias laborales destacan – sin olvidar los esfuerzos de sostener sus emprendimientos - la flexibilidad en establecer sus propias normas, y en la comprensión de sus compañeras. “*Si se nos hace tarde no nos van a decir nada. Si tuvimos algún problema y no pudimos llegar a horario, sabemos que nos van a entender*” “*Todas sabemos que Juana está sola con su hija, y no tiene nadie que la busque en el colegio, acordamos con que se retire una hora antes para buscarla*” “*Primero están los hijos, si tengo mi hija enferma no puedo venir y eso entre mujeres nos comprendemos*”

“*Trabajás con más libertad, elegís los horarios, no tenés patrón...*” “*Autogestión es organizar nuestras propias normas, sin que te manden y de nosotras depende lo que logremos. Lo que hacemos*

nos queda a todas, nos cuesta mucho pero lo positivo es que podemos elegir y tomar decisiones entre todas”

“Muchas veces tendríamos que volver a la tarde, para aumentar la producción, o ir a talleres para capacitarnos, pero no todas podemos. Tenemos hijos y tenemos que cuidarlos, es muy difícil...”

“Esto es un desafío. Algunas tenemos otro soporte económico pero para muchas este es el único ingreso y dependen ellas y sus hijos de esto. No lo podemos dejar caer...”

“A veces es tan difícil organizarnos que extrañamos que alguien te diga lo que tenés que hacer... hablar, decidir, escucharnos, son temas que cuestan y no estamos acostumbradas. Todos los días tenemos que aprender”

En los testimonios locales de trabajadoras que recurren a microcréditos productivos, el espacio “propio” aparece como una variable fundamental. El préstamo les sirve para impulsar una actividad productiva que articula lo individual con lo colectivo, son emprendimientos individuales fortalecidos mediante la conformación de subgrupos de apoyo y con la obligación de un encuentro semanal para realizar el pago de cuotas semanales:

“A mí me encanta esto porque aprendemos cosas nuevas, nos capacitamos, siempre tenemos algún curso, o alguna charla, salen cosas que antes no teníamos, y en el trabajo que realizamos fuera del microcrédito tampoco. Vas aprendiendo, te vas relacionando, charlás tus cosas...” (E1, trabajadora productora de conservas)

“Para mí es importante venir porque hablamos de muchas cosas, nos encontramos con el grupo y nos ayudamos. Si bien cada una tiene su proyecto individual, buscamos estrategias para ayudar a la compañera, nos preocupamos por cada una. Y también buscamos de hacer cosas juntas. Sale una propuesta y decimos: a quién le interesa hacerlo, quién puede, y tratamos entre todas de poder organizarnos y hacerlo” (E2, producción de bolsas y venta de indumentaria)

“En el caso mío trabajaba mucho afuera, en casas de familia, y por problemas de salud tuve que dejar. Tenía 7 trabajos, andaba todo el día...al dejar estaba desanimada, porque no tenía mi ingreso y sentía que no podía hacer nada. Acá te levanta la autoestima, vuelvo a tener actividad y me organizo el tiempo, lo hago de acuerdo a mis posibilidades. Esto es algo que lo trabajo a mi gusto y es distinto... te hace bien, entrás en un pozo depresivo si no podés hacer”(E3, elaboración de comidas a pedido, conservas dulces y saladas)

*“Para mí es nuevo, yo desde que estoy acá nunca trabajé – localidad de Toay – siempre estuve en mi casa, me dediqué a la casa, a mi marido, a los hijos...para mí es una tarde que tengo una actividad distinta, ya me preparo para salir de la casa y venir acá con ellas (en referencia a sus compañeras) y no faltó, es **una tarde para mí**. (E4, modista)*

“Al tener hijos adolescentes, estudiando, tienen un montón de necesidades, y nada alcanza. Si bien yo estoy hace 35 años casada, me acostumbré a tener lo mío, no dependo totalmente de mi marido y eso es importante. Comprar lo que una necesita, y también para ayudar a la familia... ayudar al marido” (E3)

A pesar del tiempo transcurrido, podemos encontrar nexos entre los testimonios acerca de los “espacios de mujeres” y las imágenes de las fábricas en la Inglaterra de 1800: ámbitos que favorecen la sociabilidad, para relacionarse con sus pares, apertura de horizontes de superación fuera de la casa y las labores domésticas, y promoción de la independencia al gozar de un ingreso propio (Mc Dougall, 1984)

El trabajo en el ámbito público permite el desarrollo de recursos personales diferentes, mayor comunicación, estructuras laborales menos verticales, trabajo en equipo, o incrementan sus redes de amistad con impacto positivo para ellas, el hogar y la estructura del trabajo (Lázaro Castellanos, Zapata Martelo y Martínez Corona, 2007)

En las reuniones semanales de las emprendedoras – al igual que en los proceso de toma de las fábricas en recuperación- es habitual verlas con hijos/as y nietas/os, y muchas de sus actividades son “compatibles” con sus tareas de cuidado familiar. *“Elijo esta actividad porque la puedo hacer en mi casa, y organizo yo los tiempos... me sirve para no dejar mi casa pero al mismo tiempo tener mi ingreso, mi proyecto propio y aprender cosas nuevas.”(E 5, elaboración y distribución de panificados)*

En dichos espacios, los temas “de mujeres” son variados: información de precios, ofertas, servicios aplicables a la actividad productiva; estrategias de actividades conjuntas y la capacitación necesaria para afrontarla. En simultáneo aparecen relatos vinculados a situaciones de violencia de género, violencia intra-familiar, relaciones y negociaciones con sus parejas, situaciones cotidianas de crianza y de vínculos familiares, como dificultades para establecer límites a hijos/as, nueras/yernos, nietos/as propias de las relaciones inter-personales.

Resultan de utilidad para el análisis de estas experiencias las dimensiones dialécticas de las prácticas colectivas femeninas que propone Mary Nash (1984). La historiadora recupera enfoques teórico - metodológicos que permitan abarcar las dimensiones de la experiencia femenina en sus distintos matices: superar las visiones dicotómicas de “victimización” pasiva de las mujeres de la sociedad patriarcal por un lado, o vistas como constantes luchadoras de la transformación social y feminista. Una confluencia de las teorías de la victimización con las de su protagonismo histórico, nos permite construir miradas más dialécticas para reconocer la fuerza individual y colectiva de las mujeres sin olvidar su opresión histórica. Esta propuesta analítica posibilita interpretar los mecanismos patriarcales de dominio-subordinación en diferentes sociedades históricas, pero incorpora otra

dimensión de la experiencia colectiva femenina: su aportación creativa al proceso histórico. (Nash, 1984)

En esa línea trabaja Lerner (1980) quien propone elaborar una definición de cultura en términos de la complejidad de la experiencia femenina: los vínculos afectivos, los rituales y sistemas simbólicos, que se despliegan en relaciones personales, redes familiares o de amistades establecidas entre mujeres y entre mujeres y hombres. Se refiere a los lazos de solidaridad, de comunidad entre mujeres, su sistema de valores, sus relaciones y modos de comunicación, su lenguaje, su concepción del mundo su visión de mujeres y conciencia feminista.

“La cultura de la mujer es el terreno sobre el cual se asientan las mujeres en su resistencia al dominio patriarcal y su aserción de su propia creatividad para formar la sociedad. Desde este terreno se alcanzan diferentes niveles de conciencia feminista: primero, el reconocimiento del daño colectivo, después los esfuerzos para remediar estos daños en la vida política, económica y social. Estos esfuerzos cuando se han institucionalizado, se convierten en ‘movimientos’” (Lerner, Gerda en Nash Mary 1984: 43)

La lucha por la subsistencia, las tensiones para articular su trabajo remunerado con el trabajo de cuidado, las diferencias entre quienes tienen acompañamiento de parejas o familiar para afrontar las exigencias diarias, las escasas posibilidades de asumir posiciones de autonomía y decisión, son preocupaciones y vivencias cotidianas de las mujeres de sectores populares a lo largo del tiempo. Y en esa lucha, se abre la oportunidad para la construcción de espacios de mayor horizontalidad e igualdad. La creatividad desplegada para defender y sostener una fuente laboral apostando a estrategias colectivas y asociativas, la solidaridad descubierta en tiempos dedicados a las mejoras de las condiciones de vida propias y de su entorno comunitario; las posiciona frente a las condicionantes del sistema patriarcal y capitalista, junto a las oportunidades para resistir, enfrentarse y continuar sus aportes a las transformaciones sociales.

Bibliografía consultada

Angulo Salazar, Lourdes (2010) “Circulación, usos y significados del dinero en mujeres usuarias de microcréditos” Revista La Ventana. Revista de Estudios de Género, Volumen 4N° 32, Guadalajara, México.

Barrancos, Dora (2007) *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*, Ed. Sudamericana, Bs. As.

Beccaria L. y Groisman F. (2009) *Argentina desigual*, Buenos Aires, Prometeo.

- Beccaria, L. y Groisman, F. (2008) “Informalidad y pobreza en Argentina” en *Investigación económica* Vol. LXVII, 266, México DF: UNAM.
- Bendini, Mónica y Miralles, Glenda (2000) “Visibilizando la precarización de las trabajadoras del Alto Valle” en Sautu, Ruth, Eguía Amalia y Ortale, Susana (2000) *Las mujeres hablan. Consecuencias del ajuste económico en familias de sectores pobres y medios en la Argentina*, La Plata, Ediciones al Margen, Colección universitaria, págs. 64-82.
- Coraggio, José Luis (2007): *Economía social, acción pública y política: hay vida después del neoliberalismo*. Buenos Aires, Ciccus.
- Cross Cecilia y Partenio Florencia (2005) “¿Cuál cambio social? Construcción de vínculos políticos en un espacio de mujeres piqueteras” en Revista Punto Género Vol 1, N°1, Departamento de Sociología, Universidad de Chile, Santiago.
- Di Marco, Graciela y Palomino, Héctor (comp) (2004) *Construyendo sociedad y política. Los proyectos de los movimientos sociales en acción*. Jorge Baudino Ediciones. UNSAM. Buenos Aires.
- Dicapua M, Mascheroni J, Perbellini M (2013) *Detrás de la mirilla. Trabajo y género en las nuevas formas de asociatividad*. Rosario, Ediciones del Revés.
- Douglas, Mary Lynn (1984) “Mujeres trabajadoras durante la revolución industrial” en Nash, Mary (ed) *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*. Barcelona, Ediciones del Serbal.
- Durán, María. (2006). Prólogo. El mercado de las palabras. En Vara, María Jesús (Coord.). *Estudios sobre género y economía*, (pp. 6-21). Madrid: Ediciones Akal.
- Fernández Alvarez, María Inés y Partenio, Florencia (2013) “Mujeres y movimientos sociales en América Latina: debates, alcances y encrucijadas de las mujeres en acciones colectivas” en Pena N, Pereyra B y Soria V (comp) *Desarrollo y derechos de las mujeres. Participación y liderazgo en organizaciones comunitarias*. Buenos Aires, Ediciones Ciccus.
- Grassi, Estela y Danani, Claudia (2009) *El mundo del trabajo y los caminos de la vida. Trabajar para vivir; vivir para trabajar*, Bs. As, Espacio Editorial.
- Groisman, F. (2010). “Inestabilidad de ingresos y desigualdad durante la reciente recuperación económica en Argentina” *Estudios del trabajo* 36. Buenos Aires.
- Groisman, F. (2011) “Argentina: Los hogares y los cambios en el mercado laboral”(2004-2009) en *Revista de la CEPAL* 104. Santiago de Chile.
- Lázaro Castellanos R, Zapata Martelo E y Martínez Corona B (2007) “Jefas de hogar: cambios en el trabajo y en las relaciones de poder”, en Revista Política y Cultura N° 28, México, UAM.
- Nash Mary (1984) ed. “Nuevas dimensiones en la historia de la mujer” en *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*. Barcelona, Ediciones del Serbal.
- Norverto, Lía (2011) “Manos flexibles: estrategias grupales de mujeres para

enfrentar la crisis” en Revista La Aljaba. Segunda época. Volumen XI , 2011. Neuquén.

Norverto Lía (2014) “Trabajo” y “proyecto propio”: aportes teórico-metodológicos desde el género en microemprendimientos de mujeres” en Revista La manzana de la Discordia. Vol. 9 N°1, Centro de Estudios de Género, Mujer y Sociedad. Facultad de Humanidades, Universidad del Valle, Cali, Colombia.

Pena, Nuria (2013) “El impacto del feminismo en discursos y prácticas de derechos humanos y desarrollo” en en Pena N, Pereyra B y Soria V (comp) *Desarrollo y derechos de las mujeres. Participación y liderazgo en organizaciones comunitarias*. Buenos Aires, Ediciones Ciccus.

Rodríguez Enríquez Corina (2013) “Organización social del cuidado y políticas de conciliación: una perspectiva económica” en Pautassi y Zibecchi (coord.) *Las fronteras del cuidado. Agenda, derechos e infraestructura*. Buenos Aires, ELA, Biblos.

Salvia Agustín (2004) “Génesis de una catástrofe anunciada”, en Argumentos. Revista de crítica social, N° 4.IIGG, Facultad de Ciencias Sociales.UBA.

Scott J y Tilly L (1984) “El trabajo de la mujer y la familia en la Europa durante el siglo XIX” en Nash, Mary (ed) *Presencia y protagonismo. Aspectos de la historia de la mujer*. Barcelona, Ediciones del Serbal.

Thompson Edward (2012) *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Prefacio, Madrid, Capitán Swing Libros S.L.